

cae de lo alto se da en un grande despeñadero, donde esperan al que cae sierpes y dragones que le despedacen y coman. Pues ¿quién yendo en una noche oscura por semejante puente, y no teniendo otra guía sino el de una luz que estuviere al fin de ella, se atreviera á apartar los ojos de su vista? Por cierto que ni un paso diera, sino mirando la luz. En semejante estado estamos; la vida es un puente estrecho, por él pasamos en la noche de este mundo, no podemos salir bien de este paso peligroso si no miramos á nuestro fin y aquella luz divina que alumbra á las almas; en faltando de mirarla nos despeñarémos. No hemos de apartar los ojos de Dios, que es nuestro último fin, porque serémos perdidos. Esta perdicion significó David con este sobrescrito (1): *Para el fin*; donde dice, de los que no miran á Dios, su último fin, no haciendo de él mas caso que si no fuera, que los tales se hicieron abominables, y están corrompidos en sus intentos; que no habia entre ellos ni uno que hiciese bien; que todos declinaron, y se hicieron inútiles y baldíos; porque en palabras, obras y pensamientos faltaban: su boca era tan pestilencial como una sepultura abierta, donde por la corrupcion de gusanos nadie puede sufrir su hedor: con sus lenguas no trataban sino engaño, y tenian en sus labios ponzoña de áspides, cuya boca estaba llena de engaño y amarguras; sus obras eran todas para el mal; y así dice que corrían sus piés con gran velocidad para derramar sangre: su corazon estaba lleno de pensamientos de temor, temblando donde no habia que temer; y, finalmente, en todos sus caminos no habia sino quebrantamiento y desdicha, y no invocaron al Señor ni oraron, y el camino de la paz no conocieron, no teniendo el temor de Dios ante sus ojos. Todo esto dice David que causó en esta gente, tan pestilencial y abominable como la pinta, el no tener á Dios en su corazon, proponiéndosele delante en todas sus acciones como su último fin; y verdaderamente de la falta de esto se origina todo mal, y no puede haber sosiego, ni paz, ni virtud sin esto, porque la verdadera paz en esto está, en no buscar cosa ninguna, sino á Dios y por Dios. En esto está la libertad de los hijos de Dios, el desprecio del mundo, la tranquilidad del ánimo, la conformidad con la voluntad divina, la verdadera prudencia; y es fundamento de toda virtud mirar que no nacimos sino para servir á nuestro Criador solamente; y olvidarse de esto, como lo hacen los malos, es cierto género de ateismo, negando que hay Dios, como dijo David, haciendo otro tanto que si no le hubiera, viviendo con desenvoltura de costumbres, sin oracion y con inquietud del alma. Á estas tres cabezas redujo el Profeta los daños de los que no miran á su último fin, y no se acuerdan de Dios; y así quien tuviere esta mira y atencion á Dios, tendrá todo lo contrario: será de buenas costumbres, tendrá trato de oracion y paz del alma; porque así como el hierro tocado á la piedra iman no sosiega hasta que mira al Norte,

(1) Psalm. XIII.

así tambien no se sosegará un corazon hasta que mire á su norte y fin último, Dios.

CAPÍTULO II.

Por el propio conocimiento se puede conocer el uso de las cosas temporales y el poco caso que hemos de hacer de ellas.

Antes de pasar adelante quiero advertir aquí un punto de gran importancia, y es, que para el uso acertado de las cosas no basta tener conocimiento de ellas y del fin para que sirven, sino de la persona que las ha de usar. No basta que sepa el sábio médico las propiedades de los medicamentos, si no conoce la calidad del doliente, su temperamento, fuerzas, edad y otras circunstancias; porque segun fuere el enfermo se han de acomodar las medicinas. Y así, ya que hemos declarado que el fin del hombre es lo eterno, y que solo pueden ser las cosas temporales medios para cumplimiento de esta materia, diremos la calidad y estado en que está ahora el hombre, para que conozca qué uso de lo temporal mas le convenga; porque está ahora la naturaleza humana de muy diferente condicion de como Dios la crió al principio y la puso en el paraíso: y así diferente uso de lo temporal le convendrá ahora muy diverso al que entonces le pertenecia. Conviene, pues, que sepamos qué es el hombre, para que se acierte á usar de las cosas del hombre y del mismo hombre, lo cual no se podrá hacer sin su noticia, ni sin que tenga cada uno propio conocimiento de sí mismo. Por lo cual dijo Dion Crisóstomo (1): *El que ignora qué es el hombre no puede usar del hombre; y así quien no se conoce á sí mismo no podrá usar de sí mismo*, y por consiguiente de las demás cosas que le tocan. Pero ¿quién podrá llegar á este conocimiento de sí mismo, el cual es tan dificultoso que, conociendo el demonio cuánto importaba á los hombres el conocerse, y deseando él todo nuestro daño, con todo eso, por acreditarse de sábio Dion entre los griegos mandó poner en el templo de Apolo Delfos este mote: *Conócete á ti mismo?* y exhortaba á ello, fiado en su mucha dificultad, por la cual no llegarían los hombres á alcanzarlo, porque es menester verdaderamente luz del cielo para conocerse; pero guiándonos por lo que la fe dicta y los Santos nos enseñan, procuraré decir aquí algo con que nos ignoremos menos.

Hay que considerar en el hombre lo que es de suyo y lo que es de Dios, esto es, lo que tiene por sí mismo y lo que ha recibido de Dios. Pero esto no puede dejar de ser bueno, si lo dió Dios, y así es lo menos por que pueda humillarse; pero tiene mucho por que no gloriarse,

(1) Dion. Chrys. orat. 10 de servi. Ignorans hominem homine uti non potest; qui igitur se ipsum non novit, neque se ipso uti potest.

pues es todo beneficio divino, y lo ha recibido no teniendo de suyo bien alguno: solo puede considerar que por la culpa de Adán se ha puesto de peor condicion el cuerpo y el alma que como los recibió de Dios; porque está nuestra alma llena de ignorancia y de flaqueza para todo el bien, y de otras mil miserias que no tuviera entonces; y el cuerpo está corruptible, mortal, siendo antes inmortal y sin la corrupcion que ahora tenemos de enfermedades y miserias, hasta que paremos en polvo y ceniza, y gusanos asquerosos, como ya hemos dicho. Pero esto es por lo que menos tenemos que humillarnos; porque esto que hemos recibido de Dios, aunque por el pecado de nuestra naturaleza está empeorado, es honra y alteza respecto de lo que tenemos que humillarnos por lo que de nosotros tenemos.

Llegando, pues, á decir lo que de nosotros poseemos, en dos solas palabras lo declaró el concilio Arausicano, diciendo que no teníamos por nosotros otra cosa sino mentira y pecado, esto es, la nada que éramos y la malicia que somos. Somos mentira, porque lo que es mentira no es; y de nosotros solo tenemos el no ser. ¿Qué somos de nosotros sino todo cuanto no nos ha dado Dios? Quitá, pues, de tí todo lo que has recibido, y verás como no queda sino la nada: esto eres de tuyo, y lo que sobre eso ha puesto tu Criador, á él selo debes, y suyo es; y así no debes usarlo por tu antojo, sino por su gusto. Mira cuánto mas te debes humillar por tener de tuyo el ser nada que por ser ceniza y gusanos; porque cuanto hay del ser al no ser, tanto te debes humillar mas por ser de tuyo nada que por ser polvo y ceniza. Del no ser al ser hallan los filósofos distancia infinita, por no haber entre ello proporcion; y así, por ser nada de tuyo, te debes infinitamente tener en menos que por ser polvo y ceniza. Nada eres, no tienes ser de tuyo, ni aun el poder es de tí, porque aun no pudieras ser si Dios no fuera. Mucho hay por que humillarte aquí; porque esto de ser nada es un pozo sin suelo, que nunca podrás agotarlo todo, que por esta causa debes ser humilde; pero aun no tiene comparacion con lo que eres, por haber pecado. Aquí han perdido los pulsos varones santísimos, y á los que Nuestro Señor les ha mostrado lo que son, han quedado asombrados, y algunos murieron de espanto, si no fueran confortados de la mano divina; porque por haber pecado eres cuanto malo es el pecado. Trae á la memoria cuánta maldad infinita hemos dicho de la culpa, cuánta infamia, cuánta horribilidad, cuánta abominacion es, porque todo esto cae sobre quien la cometió. Mira con cuánta razon dijo Dion filósofo que era difícilísimo el conocerse; pues tan arduo es el conocer lo que eres, cuanto es imposible que comprendas toda la malicia del pecado, el cual por ser sumo mal en cierta manera compite en la dificultad del conocerse con el sumo Bien. Y no habrá mejor modo para conocer el pecado que por el modo con que se puede conocer á Dios.

§ II.

San Dionisio Areopagita enseña que para conocer á Dios se puede ir por uno de dos caminos; ó por afirmacion, ó por negacion. El primero es afirmando y atribuyendo á Dios cuanto bueno y perfecto hay; el segundo es negando á Dios cuanto hay bueno en las criaturas, por ser la perfeccion que está en él sobre todo esto. Pues de la misma manera se puede proceder para conocer el pecado mortal, ó por afirmacion, atribuyéndole todo lo malo que hay en todas las cosas, ó negándole este mal, por ser la malicia del pecado de otro género mas enorme, y sobre todo mal. Conforme á esto imagina cuántos males has visto, oido, leído ó imaginado: junta todos esos; ¿será el pecado mortal tan malo como todos ellos? Por cierto que una culpa grave solamente es mas que todos ellos: bien se pueden atribuir todos al pecado, porque él es causa de todos. ¿Será tan malo el pecado como las desgracias de Job, como la peste que sucedió en tiempo de David, como los tormentos que dieron Falaris, Neron, Diocleciano? Sí por cierto que iguala á todos esos su malicia, y pasa de ahí. ¿Será tan malo como cuantas aflicciones pasaron los que fueron anegados en el diluvio, y quemados vivos en las ciudades de Pentápolis, y pasados á cuchillo en Amalec, y muertos de hambre en el cerco de Jerusalem? Á todo eso iguala una culpa solamente, y pasa de ahí. ¿Será tan malo un pecado como cuantas pestes han pasado desde que Dios crió el mundo, cuantas guerras ha habido, cuantas hambres han sucedido, cuantas enfermedades se han padecido, cuantos tormentos se han dado, cuantas penas se han sentido, y cuantas muertes de hombres han pasado? Á todo eso iguala la malicia de una culpa, y excede de ahí. ¡Santo Dios, y qué asombro de males el que equivale á tal mal! ¿En dónde se ha de topár fin de tanta malicia? ¿Dónde hallarémos males que le igualen? Por cierto no los hallarémos en la tierra; porque cuántos males de penas han sucedido, y suceden, y sucederán en el mundo, y en millones de mundos, no igualarán á solo una culpa. Pero ya que no hallamos males en la tierra á que no exceda el pecado, vamos á buscarlos debajo de la tierra, y comparemos con él los males eternos. Entra en el infierno, y considera cuántos tormentos padecen y padecerán en aquellas llamas eternas los demonios y hombres, desde el menos conocido de los condenados hasta Lucifer y el Anticristo: mira si hay algun tormento entre tantos miserables que iguale en malicia á una culpa: no le hallarás. Pero doy-te licencia que juntes de muchos de ellos los tormentos que te parecieren que podrán en razon de mal compararse con un pecado, y hallarás que á toda esa malicia iguala una culpa, y que excede de ahí. Junta, pues, cuantos tormentos padecen todos los condenados, y coteja con ellos la malignidad de la culpa; y hallarás que no solo los iguala, pero va muy adelante su malicia. Considera el rechinar de dientes de los con-

denados, el llanto inconsolable, el hedor insufrible, el fuego ardiente que penetra todas las entrañas, y considera el penar eternamente: gran mal te parecerá todo esto, incomparable, inmenso; pues traspasa todo este concepto de mal que has hecho, traspasa todo el horror que te ha causado el pecado mortal, y todo lo hallarás en él: faltarte han males y conceptos de males antes que á él falte malicia con que sobrepuje á otro mal; y así, ya que por este camino no podrás apear qué sea la malicia de una culpa, la cual no se puede conocer enteramente por este modo de afirmacion y comparacion, pues excede á toda comparacion, echemos por ese otro lado por via de negacion. Sábeta que lo malo de la peste, y de la hambre y de la muerte, no es el pecado mortal; pero es sobre todo mal, sobre toda peste, sobre toda muerte: sábeta que el mal de todas las pobreza del mundo, deshonoras y tormentos no es el pecado mortal, porque es sobre toda pobreza, sobre toda deshonor, sobre todo tormento: considera que el mal de las penas del infierno no es el pecado mortal; pero es su mal sobre el infierno, y cuanto mal de pena en él hay: y esto no te parezca mucho, porque no solo el pecado mortal, pero el venial, es mayor mal en sí que el fuego del infierno, y cuanto hay de pena en el infierno y fuera de él: considera que la fealdad de lo monstruoso, que la abominacion de lo asqueroso, que la infamia de lo vil no es el pecado mortal; pero es sobre toda fealdad, sobre toda abominacion y sobre toda infamia: piensa que todos cuantos átomos hay en el aire, arenas en el mar, yerbas en el campo y estrellas en el cielo son unos monstruos y cuerpos feisimos, y de todos ellos haz un monstruo y una fealdad: ¿será esa el pecado mortal? No es esa fealdad, pero es sobre esa fealdad, y sobre toda horribilidad: y no te espantes de eso en una culpa grave, porque aun la leve es mayor deformidad y fealdad que cuanta fealdad puede haber en todos los cuerpos del mundo. Dijo san Dionisio de Dios que era sobre hermoso y sobre bueno, por ser su hermosura y bondad de otro género mas superior: así tambien se puede decir que el pecado es sobre feo, sobre diforme, sobre horrible, sobre abominable y sobre malo; porque es mas que toda fealdad, abominacion y maldad con tanto exceso, que en comparacion de la culpa en ninguna manera es feo, ni diforme, ni malo todo cuanto hay de males y fealdades en el mundo.

Conózcase, pues, ahora el pecador, y conozca lo que es de suyo por haber pecado, porque es sobre monstruo, sobre feo, sobre abominable: para que así como el que tiene blancura es tan blanco como es blanca su blancura, así tambien quien tiene pecado es tan horrible y abominable cuanto lo es el pecado. Mire con tal monstruosidad y abominacion dónde se debia hundir, y cómo debe tener asco y horror de sí mismo. Por cierto que si se hundia en el infierno no hallara allí tormento peor que él, y si se hundiera en el abismo de la nada, estuviera mas honrado que en el abismo de malicia que tiene la culpa. Mírese cuál es, abominable y abomi-

nabilísimo, horrible y horribilísimo, monstruo de fealdad y monstruosísimo. Mire si es bien que use de las criaturas como las pudiera usar uno que estuviese en el estado de la inocencia sin haber jamás cometido pecado. Mire si criatura tan infame, si hombre tan abominable es bien que use de las cosas para su regalo, para su estimacion, para su honra y fausto. Aun el emperador Marco Antonino, que por ser señor del mundo recibia de todo él grandes honras, con la poca luz que tuvo (aunque gentil) se sintió tan digno de desprecio que se decia, como él mismo escribe (1): *Trátate con ignominia, ó ánimo, y despréciate á ti mismo, que para honrarte no tienes tiempo.* Prodigio es ver á un hombre que está en pecado que quiera ser respetado y honrado; prodigio es que quien ha cometido una culpa tenga queja de pena de esta vida, ó quiera ser regalado. El que es infamia del mundo, ¿por qué ha de querer honra? El que ha sido traidor á Dios, ¿por qué ha de querer regalo? El que mereció estar en el infierno por una eternidad, ¿por qué ha de estar descontento con una breve enfermedad ó necesidad en este mundo, donde puede salvarse y servirle de medio para esto la misma necesidad? Sepa quien ha pecado que no le conviene tener el uso de las criaturas, como quien fuese inocente: no ha de apetecer honra, sino la de Dios; no ha de buscar comodidades sino la seguridad de la salvacion; no ha de pensar en gustos de esta vida sino en la penitencia que debe hacer. ¡Oh si se conociese uno, y qué diferentemente miraria á los bienes del mundo! Miraríalos como cosa ajena que no le pertenecia, y ya que no los despreciase, no haria caso de ellos, como cosa que con él no hablaba. El mismo Hijo de Dios, solo porque tomó forma de pecador, siendo él santidad infinita, no usó de los bienes de esta vida, antes se abrazó con todo lo trabajoso, amargo y penoso de ella. Pues el que es en la verdad y en la sustancia pecador, ¿por qué ha de buscar honras y regalos? Sepa los medios que ha de usar, pues Jesucristo se los enseña, que son penitencia, mortificacion y cruz: porque si por tomar el Redentor sobre sí los pecados ajenos, no usó de comodidad de esta vida ni de bienes temporales; el que tiene sobre sí pecados propios ¿cómo se queja que no tiene comodidades, y busca bienes de la tierra quien tiene mayor mal que el infierno? El admirable varon san Francisco de Borja, gran despreciador del mundo y de sí mismo, con esta consideracion estaba contentísimo en toda tribulacion y falta de lo temporal; y huyendo de gustos y buscando trabajos, y pareciéndole en las mayores necesidades que todo le sobraba, maravillaba á todos verle tan pobre y las muchas incomodidades que padecia en los caminos, cuando andaba visitando los colegios de la Compañía en España. Espantado de esto un caballero, le dijo que cómo habiendo sido tan gran señor podia llevar el padecer tanto por los caminos. Al cual respondió el siervo de Dios: que no le tuviese lástima,

(1) Anton. lib. 2.

porque él siempre llevaba delante de sí un aposentador, que le tenía todo aparejado cumplidísimamente, y que este aposentador era el conocimiento de sí mismo, con el cual le parecía todo sobrado, aunque mas falta tuviese de las cosas necesarias.

§ III.

Además de esto, debe considerar quien pecó que ha menester á Dios para que le dé la mano y saque de su miseria, ó si ha salido, para que no permita que torne á verse en ella. Para esto no es buen medio buscar el fausto del mundo, ni las riquezas de la tierra, ni regalos de la carne, sino el ayuno, el cilicio, la humillacion y penitencia: acuérdesse que de suyo es nada, y sobre la nada ha añadido él el pecado: por ser de nada no puede nada bueno; y por haber pecado ha desobligado á quien le puede ayudar para lo bueno, y así con doblada oracion y ansias ha de clamar al Señor que le ayude. No tiene el hombre de suyo sino mentira y pecado, dos horrendos y profundísimos abismos. Imite á David que dijo que de los profundos clamaba al Señor. ¿De qué otros profundos, sino de estos dos de la nada y del pecado, que no tienen suelo, ni en ellos se puede hallar pié? Conózcase lo que es y dónde está quien una vez ofendió á su Criador, clame, ore, gima desde su nada y desde lo profundo de su miseria para que sea oído de Dios; y no es buen aparejo para quien debe pedir misericordia, y está en estado de penitencia, usar de superfluidades, ocuparse en vanidades, gustar del mundo, gozar de las criaturas, y buscar grandezas, pues aun lo que era licito usar de criaturas, considerando á la naturaleza humana con su entereza, sin la corrupcion del pecado, no conviene que ahora use el pecador, sino que se mire como reo que ofendió á la Majestad divina, y como miserable hombre.

Los filósofos, que consideraron la naturaleza, no como estaba por el pecado, sino como debía ser en sí misma, midieron las virtudes por esta regla, y así ni conocieron la virtud de la humildad, ni usaron la virtud de la penitencia: á las virtudes de la magnanimidad, constancia y magnificencia extendieron mucho tales actos de ellas, que ahora se pueden tener por viciosos algunos que los estóicos y peripatéticos calificaron por virtuosos. Pero descubierta la horribilidad del pecado y la flaqueza y miseria del hombre, se ha mudado el estado de las cosas; y la humildad ha de estar perpétuamente en nuestra alma y cuerpo, y muchos actos de otras virtudes se deben corregir. Diferentes medios hemos de escoger para alcanzar nuestro fin que escogieron los filósofos: lo uno, porque el fin es diferente; y lo otro, porque á nuestro estado conocemos ser diferente del que ellos pensaban. El fin de los filósofos solo fue natural de una bienaventuranza y felicidad de esta vida: el estado pensaban que era de la naturaleza por sí sola sin la afrenta del pecado, y tam-

bien juzgaban que tenía fuerzas propias para el bien: en todo esto se engañaron, y así no es mucho que enseñasen algunos medios para conseguir su fin distintos de los que debe usar un cristiano, pues conoce que su fin último no es natural sino sobrenatural; que no es de esta vida, sino de la otra; que su estado no es de la naturaleza entera y sana, sino corrompida y deshonrada con el pecado; que de suyo no tiene fuerzas ni eficacia para ejecutar cosa buena, si no se las dan de gracia y misericordia: y así con esta variacion y diferencia no es maravilla que el cristiano que se conoce lo que es de suyo haya de usar de medios y virtudes que no conocieron los filósofos, y que tuvieron por vicios; porque no es mucho que tuviesen algunos actos virtuosos por vicio, pues muchos actos que tuvieron por virtud no fueron sino vicios. Aristóteles, el príncipe de la filosofía natural y moral, no conoció por virtudes á la humildad, ni á la pobreza, ni á la penitencia; antes á esta última la condenó por insensibilidad, y uno de los vicios contrarios á la templanza. También los estóicos tuvieron por vicio á la misericordia. Pero despues del Evangelio de Cristo son estas las virtudes mas encomendadas y necesarias, y han de ser los medios de que mas hemos de usar para conseguir nuestro fin; y todo el desprecio de lo temporal consiste en aquellas tres virtudes que no conoció Aristóteles, porque no se conoció á sí mismo: por la humildad se desprecian las honras, por la pobreza las riquezas, por la penitencia los regalos; y así quien quisiere hallar provechoso uso de lo temporal y alcanzar lo eterno conózcase á sí mismo, y como pecador humillese y haga penitencia, y no cuide de allegar riquezas aunque las tuviese por bienes, pues se ha de tener por indigno de todo bien; pero ellas suelen estar tan léjos de hacer bien, que á innumerables han cerrado las puertas de los bienes eternos, á lo cuales solamente hemos de aspirar confiados, no en nuestras fuerzas, sino en la misericordia divina y sangre de Jesucristo.

CAPÍTULO III.

La estimacion de los bienes eternos que se nos persuade con la encarnacion del Hijo de Dios.

Sobre todo lo dicho nos muestran una incomparable diferencia entre lo temporal y eterno la encarnacion y pasion de Jesucristo, pues el conseguir lo eterno es de tan gran momento que por esta causa encarnó el Hijo de Dios; y que despreciásemos lo temporal es de tan grande importancia, que por eso fue menester que padeciese y muriese nuestro Redentor. No sé yo con qué se puede hacer concepto mayor de la grandeza de lo uno y de la vileza de lo otro que con estos extremos que hizo Dios; y así, aunque brevemente, dirémos algo de ellos: y empezando por la admirable y estupenda obra de la Encarnacion, gran cosa